

EL UNIVERSO PATÉTICO DE GEORGES BERNANOS

P o r J E A N R O U S S E L

BERNANOS, hombre de grandes cóleras, ha sido el escritor de las altas tristezas. Su inspiración nunca quedó a medio camino entre la literatura y la facilidad, como les ocurre a tantos hombres de letras, que hacen un oficio y se proponen hacer carrera. Nunca le rozó semejante tentación. Escribió, sí, contra su tiempo y contra los hombres de su tiempo, por amor hacia ellos. Sus invectivas, tantas veces mal comprendidas, no fueron más que el reverso de su compasión, la expresión de su exigencia interior frente a las bajezas y a las cobardías de un mundo falso y perverso.

A nuestras sociedades no les gustan mucho los que tocan a rebato. No comprenden muy bien que se les impida digerir en paz los frutos de rapiñas fructuosas o el salario de las mentiras que cotizan los gobiernos y los individuos. Ya Bloy y Péguy habían hecho una dolorosa experiencia. Si una gloria tardía ilumina hoy sus obras, no por eso hemos de olvidar que no avanzaron en vida por la vía que habían elegido, sino rodeados de silencio, de soledad y de incomprensión.

Igual destino ha sido reservado a Bernanos. Ciertamente, ha conseguido sin reniego aquello de que sus antecesores carecieron: lectores numerosos, un premio estimado por el público e incluso un gran premio de Academia. Si hubiese querido, habría podido llevar una cinta roja y un uniforme verde. Para un escritor, no es esto un balance negativo. Pero Bernanos no era un escritor. Lo ha dicho en *Les enfants humiliés*, en donde ha confesado, con un cansancio casi desesperado, su humana verdad y su esperanza sobrenatural.

Sin duda ha vivido de esta pluma siempre afilada que nadie ha vuelto a coger desde que se le ha caído de las manos. Pero sus novelas, sus ensayos, sus sátiras, sólo eran para él medios para comunicar su mensaje, para abrir a los transeúntes su corazón y su alma, para librarse del peso de angustia que llevaba sobre sus anchos hombros. El 2 de julio de 1934 escribía a un amigo: *«Realmente, se interpreta muy mal entre ustedes lo que escribo al final de una jornada generalmente sin alegría. Si ustedes quisieran ver un poco más lejos de su naricita cosaca, no me llamarían ni anarquista ni rebelde; comprenderían que estoy apurando, solo, la copa de amargura —como dijo el otro— y que no deben tenerme rencor por algunas gotas que caen acá y allá.»*

Epidermis sensibles han sentido las quemaduras de estas gotas, y algunos no han perdonado a este desfacedor de entuertos que no haya «jugado el juego», que se haya negado a dejarse alistar en el ejército regular de los que no tienen otra preocupación sino la del éxito en carreras bajamente temporales. Pase todavía el haber introducido el diablo en la literatura —aunque sea un alimento indigesto—; pero afirmar, en nombre del cristianismo, su desprecio por los «bien pensantes», razonar como Jacobino cuando se es realista y querer la salud y el honor del pueblo frente a los discípulos demasiados celosos de Mr. Guizot, ¿no es éste un escándalo intolerable? Así han pensado todos los que tenían mala conciencia frente a los pobres y a los oprimidos. Así piensan todavía los que le conceden genio, para ocultar mejor, bajo falaces retóricas, el ser auténticamente revolucionario que no dejó de ser.

Pero, ¡cuidado!, conceder genio al autor de *Sous le soleil de Satan*, esto va lejos, e incluso muy lejos. Cuando Bernanos vuelve a colocar ante nuestros ojos el horror de un mundo abandonado, de un universo petrificado, en el que ya no circula el espíritu, nos entrega una llave que podrían usar un día algunos hombres generosos para echar abajo las ciudadelas de la iniquidad y los bastiones del conservatismo burgués. Sus personajes de *La joie* y de *L'imposture* son tales sólo porque él se niega a dejarse seducir por las más altas virtudes y opone a los malos encantos de la mentira un mundo inmenso, misterioso y patético, que no puede vivir sino en la pureza, y ansía la dicha de volver a encontrar la vida más allá del mal y del envejecimiento. La negación de la ilusión, que es también negación de la desesperación, domina su obra, en la que aparece el temible poder de la vocación, la doble inserción de la gracia y del mal en un mundo tan profundamente extraño a la agonía de cada criatura, que sólo la potencia del orgullo es capaz de explicar, cuando no de absolver, la crueldad de los verdugos.

No se comprendería nada del universo de Bernanos si no se viese en esta repulsa de la ilusión la repulsa constante de la muerte; no de la muerte a la que la fe cristiana confiere el poder de volver a encontrar la eternidad, sino de la que es infierno del hombre, soledad tan total que hace pensar en un desierto helado. Bernanos ha sentido este frío de la ausencia en ciertas almas y comprendido que el mismo mundo privado de lo sagrado descende, cada vez más profundamente, en un abismo sin fondo. Es el tema de *Monsieur Quine*, el tema de la derelicción por excelencia. La miseria espiritual ya no es aquí la del pecador, el cual, después de todo, pare su vida en el dolor, el mundo en el tormento, sino la que cerca a los corazones sin esperanza y descompone lentamente alrededor de ella, como una gangrena, los últimos secretos que la infancia puede transmitir a una vida de hombre.

En efecto, esta muerte espiritual es, ante todo, un abandono de la infancia, una consecuencia de la pérdida de este universo maravilloso en el que el alma conserva su transparencia y su magia.

Bernanos ha llorado durante toda su vida su infancia perdida; su esfuerzo constante ha tendido a volverla a encontrar para abrevarse en ella como en una fresca fuente. ¡Qué importa si ha perseguido un fantasma! Quizá su obra no estaría tan próxima a nosotros sin este llamamiento, más o menos consciente, a un paraíso que no se puede encontrar. Descubrimos su autenticidad cada vez que ella nos aporta un eco de su impotencia y de su sufrimiento a través de los personajes que ha sacado de su propia sustancia, que ha visto vivir con la intensidad dramática que era la de su vida. Se puede decir que ha agotado todas sus contradicciones antes de entregarlos, palpitantes y desnudos, a su crueldad. Si ha comprendido tan bien las almas sacerdotales, es porque tenía la nostalgia del sacerdocio; si ha hecho tan conmovedora su Chantal de Clergerie, es por una extraña aptitud para identificarse con esta presa mística prometida a la más turbadora de las soledades. Esta Chantal, desde luego, no le ha abandonado. La volvemos a encontrar, transformada, es cierto, pero siempre luchando con la misma realidad de esta hermana Blanche de la Sainte Agonie del *Dialogue des Carmélites*, que no volverá a sí misma, finalmente, más que para morir.

Las criaturas, tan violentamente humanas, de Bernanos no viven en el artificio. Un abad Cénabre ha podido perder la fe y llegar a ser un impostor; no hay en él más que una realidad, y, de buen grado o a la fuerza, sigue sometido a ella. Pero ¡esta realidad yace a profundidades de abismo! ¡Qué importa! En la habitación de Chantal, asesinada, por odio a la pureza, por el chófer de su padre, el sacerdote se ve obligado a adaptarse de nuevo a esta realidad, dominado por una fuerza invencible. Sin duda, ciertos personajes parecen tan caricaturescos, como *Jambe de Laine*, en *Monsieur Ouine*, que estaría uno tentado de ver en ello una curiosa atracción suya hacia los seres diformes o grotescos. Comprendamos que no son más que la caricatura de ellos mismos y representan así la caricatura de una realidad. Y esta realidad no cambia o, más bien, es intercambiable. Pertenece a un universo reducible al misterio del espíritu y participa de una perpetua tenta-

ción de la semejanza, apostasía de la desemejanza, que las criaturas no pueden evitar. Eterna potencia del sol de Satán, nos invita a pensar el novelista. Si es sin efecto sobre los pródigos y sobre los niños, ¿no recobra toda su fuerza sobre los avaros, sobre los mediocres acostumbrados a mentirse a sí mismos, a emplear su orgullo en la alegría como en la tristeza? ¿No es eso, dirán, el supremo artificio? ¡Sin duda! Pero este artificio no es del orden de la criatura. Si las criaturas de Bernanos, prisioneras de sus artificios, no viven nunca hasta el fin en esta irrealidad, es porque el escritor se niega a verlas únicamente en la perspectiva de la apariencia. A ejemplo de Dostoïevski, de quien es uno de los herederos más auténticos, las eleva sobre el único plano en el que el artificio ya no es posible. Cueste lo que cueste, estos seres son sumidos nuevamente en el baño de realidad del que creyeron haber escapado, alentados por el silencio de Dios. Bernanos tiene una visión clara del combate, de la alternativa en que el mundo forcejea. Allí donde Dios ya no está, otro ocupa su lugar. Este lugar no está nunca vacío, y las criaturas no tienen otra elección que saciar su hambre espiritual o destruirse, rechazando toda metafísica. El drama toma entonces proporciones cósmicas, porque Bernanos nos da a entender que los individuos siguen tributarios de una realidad sobrenatural indestructible. Al menos, sus personajes nos advierten, con más seguridad que los teólogos, que una «realidad» que se nos escapa es inseparable del orden de la vida.

* * *

Esta vida, Bernanos la capta en su complejidad interna. Ella tiene recursos extraordinarios, brotes y rebotes imprevisibles. Ningún fracaso temporal es capaz de vulnerarla, porque es obra de amor. Ciertamente, no ignora todas las escorias que acarrea con ella y cuán desarmados quedan frecuentemente los seres ante esta visitadora, que no dice siempre su nombre. Sin embargo, sigue siendo para él la tentación suprema, aquella sin la cual la esperanza perdería todo su sabor: *«Por cortas que sean las noches,*

el día viene demasiado tarde: Célimène se ha dado su carmín; el borracho ya se ha dormido. La bruja, del regreso del sábado, se ha deslizado entre sus sábanas blancas... El día viene demasiado tarde... Pero la santa justicia, de un polo al otro, sorprenderá al mundo.»

Este lirismo traduce la visión bernanosiana: la vida es incapaz de adentrarse por una pista falsa; no puede despojarse de ninguno de sus atributos y asociarse a la miseria del hombre. Para emplear una expresión de Péguy se puede decir que Bernanos la ve en su «real eternidad». La apresada desde el interior, en el aura sobrenatural en que baña, la confronta, materia misteriosa, con la pesada pasta en que se convierte entre nuestras manos. Se aplica a sugerir sus profundidades invisibles, sus dimensiones espirituales. Nadie mejor que él, al parecer, descuella en darle el peso y el valor de una presencia concedida al hombre; presencia existencial que va acompañada de un crecimiento irreversible. No hablemos torpemente, a este respecto, de experiencia psicológica. La explicación quedaría insuficiente y muy por debajo de la realidad.

La experiencia no es para Bernanos el único camino de la verdad. Las realidades que bordea, las decadencias que asume en su justo lugar en el plano universal son extratemporales. Sus puntos de referencia sólo son discernibles en el acontecer allí donde los conflictos se forman y estallan, es decir, a partir de una cierta vibración de la vida interior, de un cierto *mínimum* de absoluto. En ese momento ya no le es posible al novelista, ni a sus personajes, refugiarse en las falsas apariencias, llamar en su ayuda a falsos consuelos y a falsas esperanzas. Es preciso, cueste lo que cueste, que la criatura se destruya negándose o que acepte, en un penoso vértigo, la turbadora grandeza de la condición humana.

La opción que nos propone Bernanos no es sencilla. Plantea el inmenso problema de la vocación y supone que estamos lo bastante apegados a la vida para no retroceder ante el riesgo de la libertad. Otros novelistas nos han colocado ante la misma opción: ayer Dostoïevski, hoy Graham Greene. Ninguno ha sabido como

él meternos en la angustia que sentimos frente a nuestro destino, entregarnos en algunas frases inolvidables su dolor, su emoción, su trágica inquietud. Se nota que tiene que atravesar, a cada instante, un espesor carnal para alcanzar la transparencia, moverse en una zona oscura e incomprensible para volver a situar el pequeño universo de sus tristes héroes en un universo mayor, aceptar el peligro de poner su propia pasión al servicio de sus personajes. Nuestra lógica, los hábitos de nuestro pensamiento se conforman mal con los delirios del alma, con las horribles sinfonías que nos hace oír sin preocuparse por las rupturas de equilibrio con que nos amenaza. ¡Qué le importa! Esencialmente un vidente chapado de un confesor, arrastrado sin tregua hacia deducciones inconscientes en alternativas de sombra y de luz. No estamos muy seguros de que muchos lectores hayan comprendido que esta aptitud prodigiosa para desarraigar a los seres de lo temporal en que chapotean de manera tan lamentable, y que acompañan cantos nostálgicos, quejas, cóleras, tiende menos a un esfuerzo de posesión de lo real que a un advertimiento por el novelista mismo, de su tormento más secreto. En el origen de la historia de Mouchette existe el escándalo de una posible condenación, un «yo hubiera podido ser como ella». Y si, como se cree, Mouchette es el personaje por medio del cual Bernanos se ha expresado más íntimamente —aquel en el que hay una identificación—, no dejará de observar una conexión entre esta figura desconcertante y la del abate Donissan de *Sous le soleil de Satán*. Este sacerdote acepta la condición infernal a fin de que exista un lazo entre el alma perdida de Mouchette y el Cielo. Su pasión es la del hombre entregado al espíritu del Mal; es la presa prometida al Tentador y su vida es, en algún modo, la llave que hay que usar para abrir el Universo bernanosiano.

Detrás de todos los personajes, de los que el novelista ha podido decir que formaban *un mundo imaginario de singular grandeza*, se dibuja una presencia que no puede dejar de turbar o de irritar, según el espíritu del lector. Se trata del Príncipe de las Tinieblas, que objetiva aquí la tentación y el lastre, todo lo que el hombre asume y rechaza —la soledad, el olvido de la infancia, el orgu-

llo—, todo lo que la criatura no puede negar sin destruir su realidad más profunda y que no puede confundir consigo misma sin rechazar la esperanza. Misterio de una unión y de una separación inseparables en el cual el misticismo del novelista se ha complacido sin conseguir elucidar completamente su sentido, aunque haya experimentado su acción subterránea y poderosa a través de sus criaturas lastimosas que, desde un abate Cénabre hasta un Conde de Clegerie, llevan los mismos gérmenes de muerte.

En este apasionante diálogo que Bernanos prosigue con sombras o con vivos, se comprende que no aparezca ninguna fantasía poética. ¡No es que no sea poeta! Al que lo afirmase, su prosa tan perfectamente rítmica y tan llena de calor, apostaría la prueba del contrario. Pero cuando, por ejemplo, describe paisajes, evoca las extensas llanuras del país de Artois barridas por el viento, no es una imagen poética la que nos quiere imponer. Sus ambiciones son otras: desea sugerirnos un tras fondo, el del Universo calcinado en que nos debatimos. Sus descripciones no son nunca pretexto de literatura o, si se quiere, un alto en la sombría carretera por la que nos arrastra. Las vemos estrechamente armonizadas con la tragedia del mundo y atestiguando que, en su autor, toda visión es dramática y se inserta en ese combate implacable de que el hombre, a la vez víctima y verdugo, sigue siendo el centro.

Paisaje bernanosiano, esta parroquia de Fenouille en donde la verdadera vida está ausente; paisajes también estos frescos terribles de los *Grands cimetières sous la lune*, sobre los cuales bailan tantas sombras inquietantes y de donde asciende, en resplandores de incendio, el grito de los futuros ajusticiados. La infancia, la pobreza, el mal, otros tantos «paisajes» que Bernanos anima como un pintor alucinado y de los que aviva el relieve o cercena los contornos. Este espiritualista es también un carnal que experimenta la plasticidad de las cosas y se defiende mal de una secreta complicidad con ellas. Tal página de los *Enfants humiliés* sobre la naturaleza brasileña, nos hace participar de los pasados sopores de la selva virgen, de las sordas efervescencias de la vida vegetal.

«Cuando haya muerto, decid al dulce Reino de la Tierra que

yo lo amaba más de lo que nunca me atreví a decir...» Esta confesión sella un acuerdo íntimo con el mundo de los colores y de las formas, con la naturaleza, con la carne. Expresa también un amor de comunión hacia las criaturas. Escribe en los cafés *«para no ser engañado por criaturas imaginarias, para experimentar con una mirada lanzada sobre el desconocido que pasa la justa medida de la alegría o del dolor, y también, añade, porque no sabría pasarme mucho tiempo sin el rostro y sin la voz humana de quienes creo haber intentado hablar noblemente.»*

Esta sed humana, ¿ha sido alguna vez saciada?; se puede dudar de ello. Todos los individuos, a fuerza de vivir en un mundo engañoso, disfrazan sus pensamientos, ocultan su verdadero rostro. La imagen que dan de ellos mismos es siempre falsa o incompleta. Bernanos no lo ignoraba. Sin embargo, a veces ha dado a algunos de estos seres un encanto refinado y peligroso. Así sucede con la heroína de *Un Crime*, que, para preservar una soledad encantada, hace de la mentira una forma de la negativa. Escuchemos a Evangeline, nuestra hermana en miseria, nuestro doble quizá: «¡Cuánto habéis amado la mentira!, me decía usted. Sí, he amado la mentira. No esta mentira utilitaria, esta forma abyecta de la mentira, que no es más que un medio de defensa como los demás, empleado con pesar, vergonzosamente. He amado a la mentira y me lo ha pagado bien. Me ha dado la única libertad de la que podía gozar sin trabas, pues si la verdad libera, pone a nuestra liberación condiciones demasiado duras para mi orgullo, y la mentira no impone ninguna. Únicamente termina por matar. Me mata. Sin embargo, ya es algo el haber escapado durante tantos años a la siniestra curiosidad de los hombres, a todas las solicitudes carnívoras a las cuales los débiles abandonan su pobre vida. No conseguirán de mí sino las apariencias, y dudo de que hayan sacado de ello mucho provecho. No he engordado la compasión de nadie.»

¡Sed de comunicabilidad! No lleva uno en sí tal necesidad de entregarse y de recibir, tal necesidad de amor, sin estar profundamente herido al contacto de las almas estériles, de los seres que transportan en su estela fermentos de descomposición. Una novela

como *Monsieur Ouine*, la obra más misteriosa y sin duda menos asequible de Bernanos, atestigua sin ninguna duda el dolor de un hombre que ha sentido como una quemadura todo lo que pone obstáculo a la obra redentora.

He aquí este profesor retirado, huésped frecuentemente humillado de los castellanos de Norois. Es un excitador de almas. Se emplea en penetrarlas con una curiosidad malsana, exorbitante, y las gobierna como un demiurgo diletante. Sensual, refinado, inmoralista tanto como inmoral, atrae a los seres en su esfera y mantiene en ellos vicios estéticos, de los que ya no pueden librarse. La última violencia que se impone, es una especie de moral de la disponibilidad para el placer. Su deseo es el del esteta decadente que no quiere gozar más que de la esencia de las cosas y que, finalmente, troca las realidades de la vida por apariencias.

Ahora bien, la parroquia de Fenouille es el teatro de un drama que va a transtornar la quietud de los habitantes. Un pequeño vaquero desaparece. Le encuentran ahogado. Las cartas anónimas perturban la vida del pueblo. ¿Ha habido crimen? Los indicios se enredan. Un sospechoso incapaz de justificarse se suicida con su mujer. Monsieur Ouine es también objeto de numerosas denuncias, pero hábil e impasible, atraviesa la prueba sin daño. Y es aquí donde la inquietante personalidad de este hombre nos es revelada. De visita en casa del cura de Fenouille se hace, frente al sacerdote, el tentador sutil y peligroso, que, en un discurso lleno de una falsa dignidad moral, insinúa en su interlocutor el sentimiento de la soledad, de la indignidad humana y del dominio universal del mal. El sacerdote se defiende en vano. Imperceptiblemente, la duda se apodera de él; y cuando al día siguiente, en las exequias del vaquero, sube al púlpito, el tono de su sermón es tan deprimente, que los oyentes sienten una inquietud indefinible. Bastará que un incidente surja en el cementerio para que la parroquia muerta se convierta en una parroquia loca. La sospechosa castellana de Nerois será víctima del histerismo colectivo y su muerte precederá en poco a la de Mr. Ouine. En su lecho de muerte el moribundo hará una extraña confidencia: «No hay en

mí ni bien ni mal, ninguna contradicción. La justicia no podría alcanzarme, tal es el verdadero sentido de la palabra: perdido..., perdido..., extraviado..., descartado. Soy yo quien es nada.»

La culpabilidad de un Ouine no parece estar a la escala del mundo. No por eso deja de ser real. Sin embargo, es, sobre todo, porque este personaje singular es, en algún modo, uno de los tipos barnanosianos mejor acabados por lo que toma un relieve sorprendente ante nuestros ojos y por lo que nos consagramos al problema que plantean su existencia y su comportamiento.

Estamos aquí en presencia de un hombre que no es un mediocre del mal; quizá, antes de ser víctima de su soledad en un mundo vil, haya querido ser el testigo de una miseria espiritual que le sobrepase. Cuando pervierte, corrompe o destruye a los que se le acercan, asume una carga, un destino que no podría ser fortuito. no es ni un juguete ni un desecho, sino uno de los actores del drama inmenso en el que tomamos parte.

El dolor de Bernanos y su sentido místico han hecho, de este pequeño profesor envejecido y perdido en el fondo de una campiña, una criatura de elección. El poder que ejerce sobre las almas le coloca en un plano en el que somos incapaces de juzgarle; y el papel que parece corresponderle en la economía del mal es tan decisivo, que no puede sino incitar nuestra curiosidad sin atraerse nuestro desprecio. Existe, en efecto, una grandeza en lo horrible, que prohíbe las condenas demasiado fáciles: «...mi alma no es más que un odre lleno de viento», dice Mr. Ouine.

No se agotan miserias tan profundas con palabras. En verdad, es con seres como Mr. Ouine con los que se miden los santos. Así, a pesar de todos los desórdenes del mundo, una misteriosa ley de equilibrio y de compensación restablece en su plenitud la obra de salvación que ha sido confiada a los hombres.

Para esta obra de salvación, el novelista Bernanos ha querido ser también libelista y ensayista; duplicando así su presencia espiritual en el mundo con una presencia temporal que no ha sido la menos conmovedora ni la menos eficaz.

* * *

Habiendo tomado posición respecto a la condición humana, Bernanos se vió llevado a examinar el desarrollo de la historia y a tomar partido en los problemas de civilización planteados por los desórdenes de nuestra época.

Varios temas se interpelan y se responden en la obra de libelista y de polemista que nos ha dejado. *De nous autres Français a La France contre los robots*, lo que primero llama la atención es la amplitud del tono, el alcance de un acta de acusación que sobrepasa lo accidental, en fin, la manera muy personal que tiene Bernanos de hacernos compartir su angustia y su pasión. Quiere conmovernos y lo consigue, incluso cuando nos hiere y sentimos su amor por la justicia arrastrarle hacia algunas injusticias...

El pensamiento dominante que explicita su acción y la legítima, no es de los que se embarazan con los pesados trabajos de los economistas o de los sociólogos. Cabe en pocas palabras: para rehacer una civilización que muere por estar centrada cada vez más sobre la idea de provecho, es preciso restaurar en los espíritus la noción del hombre cristiano.

Esta noción se revela exclusiva y dinámica. Es la base de una ética social, y milita en favor de una renovación de nuestras condiciones de existencia. Los dos valores que la fundan son la libertad y el honor. Ningún hombre, salvo Péguy, ha hablado de la una y del otro con más calor, ni los ha elevado a la altura de un imperativo absoluto con más vigor al volverlos a colocar en una perspectiva revolucionaria del hombre y de la historia.

La avidez económica que ha dado nacimiento a la explotación del hombre por el hombre, la barbarie politécnica y el totalitarismo político, no han tenido, durante estos treinta últimos años, adversario más violento y más decidido. Alzado contra los mitos modernos, ora sangrientos, ora destructores, se ha levantado, con un vigor de expresión que tardará en ser igualado contra la anarquía de las conciencias y los abandonos espirituales y morales que de ella resultan.

Su hombre cristiano no es, en efecto, un «bien pensante» de pequeña parroquia. Es un hombre libre, un rebelde en nombre de

la justicia que rechaza las servidumbres y las imposturas de un mundo falso y perverso. El mismo ha dado una imagen del hombre que él soñaba. Cada vez que oye hablar a su alrededor de «civilización cristiana», está alerta y denuncia la impudencia y la mentira de nuestras sociedades burguesas en las que la ciudad de Césares disfrutadores y crueles se camufla bajo los oropeles de una religión sin calor y sin vida: «¡Fariseos! ¡Víboras! Vengáis con ametralladoras los crímenes contra el orden —cristiano o no—, os limitáis a denunciar los crímenes contra la Justicia en manifiestos redactados en un lenguaje filosófico fuera del alcance de las víctimas. Defendéis a los propietarios con plomo, a los miserables con papel».

Tal es la cólera espléndida y dolorosa de este católico monárquico que no respira a sus anchas en su propia casa, tal es su acento inimitable para denunciar los atentados contra los pobres en nombre de una riqueza que no se atreve a decir su nombre. Es el hombre que se niega a dejarse engañar —y los otros con él— por los que «hacen trampas»: *Usted no ve, según dice, escribe a un colega, cómo se puede salvar la libertad sin organizarla al mismo tiempo. Yo veo muy bien cómo se la puede organizar y perder al mismo tiempo. Vuestros antepasados de 1848 conocieron esta desgracia. Organizaban la libertad. Incluso se hacían ayudar en sus trabajos por un doctrinario liberal cuyo nombre era Louis Bonaparte*».

Bernanos no se engañaba sobre las dificultades de su posición. Ningún otro hubiera podido sostenerla sin ceder. Algunas de sus cartas aluden a su situación: «Creemos todavía desafiar desde lejos, y desde arriba, a la mediocridad, cuando está ya dispuesta a retorcernos el cuello... En una palabra, se me aconseja la obra maestra al igual que una visitadora «bien pensante» alienta a un pobre diablo al ahorro», escribe en 1934; y añade: «Sentir y pensar como un refractario pero vivir y hacer vivir a los suyos según métodos y disciplinas aborrecidos, es tanto como resolver la cuadratura del círculo. Y ¡vaya máquina —para— abollar el alma!»

Es necesario que en cada época un portador de lo absoluto deje oír su voz. Bernanos, de pie ante las potencias del siglo y haciendo de la fidelidad una regla intangible, nos da más allá de la muerte una lección ejemplar. Ciertamente, muchos cristianos se sienten a disgusto frente a su obra, pues ha dicho y repetido que los cristianos modernos eran para él un perpetuo objeto de escándalo y saben que la actitud valerosa del autor de *La grande peur des bien-pensants*, les condena.

Su violencia, a menudo incomprendida, no es más que el reverso de su amor y de su compasión hacia todos los faltos de fuerza y de valor por haber dejado apagarse en ellos la llama prendida antaño en las laderas del calvario. La palabra que emplea tan a menudo —imbéciles— no es un ultraje o una expresión de desprecio bajo su pluma. Es una palabra que expresa su dolor, sus temores y su desesperanza frente a los que se lanzan ciegamente detrás de los charlatanes y de los magos del mundo moderno. Para avisarles del peligro, escribió durante la guerra esta admirable *Lettre aux Anglais*, cuyos trazos más significativos publicaron los órganos clandestinos de la Resistencia. *La France contre les robots*, debía ser el colofón de esta obra que agrandaba la historia hasta las dimensiones del universo espiritual del que era intérprete.

Bernanos ha muerto antes de haber sido plenamente comprendido. Su huraña independencia chocaba contra demasiados hábitos aceptados en los límites del conformismo. Instalado en América del Sur, después de los acuerdos de Munich, para «fermentar su vergüenza», experimentó una gran decepción desde su mismo regreso a la Francia liberada. Con el mismo fuego con que había denunciado el engaño del régimen de Vichy, clamaba a gritos que si la colaboración había sido una mentira, la Liberación era otra; puesto que, una vez más, la política se adornaba del prestigio de la mística. Su metafísica del honor no podía conformarse con un mundo que reconstruyan al servicio de las ambiciones y de los egoísmos. Los demócratas cristianos, embriagados por sus éxitos elec-

torales, no tuvieron mayor adversario que este libertario cristiano, enemigo de los compromisos y de las sabidurías burguesas.

¿Fue un hombre del siglo XIII extraviado hacia nosotros, como algunos pretendieron? No lo creemos. Su amor de la libertad, su angustia existencial, sus rebeldías y sus cóleras, son de un hombre de este tiempo de gran tribulación. Además, se puede pensar que Bernanos no se hubiera encontrado más a gusto en el universo de los escolásticos que en el de los modernos. No estaba de acuerdo sino con una mística campesina, como Juana de Arco, o con un luchador, como Santo Domingo.

En resumidas cuentas, estuvo tan solitario en el catolicismo como Kierkegaard en el protestantismo. No hemos de extrañarnos de ello. Como el filósofo danés, pertenece a la raza de los intemporales, de los purificadores. Sin embargo, se preocupa poco de la dialéctica. Es mucho menos intelectual, más apasionado y carnal que Kierkegaard. Pero siente como éste el drama que se representa en un mundo privado de fe.

Su genialidad verbal podría, además, engañarnos sobre su pensamiento verdadero. Cuando se niega, por ejemplo, a aceptar, en el progreso científico las condiciones de una nueva etapa de la humanidad, no es porque sea un desdeñoso de la ciencia. Sólo se opone a una inversión de la jerarquía de los valores. Dice que lo que está hecho para servir al hombre no ha de dominarle, que el alma está por encima de la ciencia y el hombre por encima del Estado, que las técnicas son peligrosas en la medida en que, privadas de todo soporte espiritual, se vuelven totalitarias. Con más violencia todavía, denuncia el dominio del dinero y los honores que se le tributan bajo el disfraz bonachón de un liberalismo que condena a los pobres a ser unos oprimidos y a los débiles a no ser más que vencidos.

Su visión es clara. Todo está organizado en el mundo para el triunfo del mal, y, cada vez más, la libertad espiritual del hombre está amenazada por las dictaduras ocultas o confesadas que se instalan en el corazón mismo de nuestras sociedades en estado de descomposición avanzada. Para luchar contra las plagas cuya

llegada anuncia, no tiene más que su pluma. Pero, ¡qué pluma!
«No se trata de engreirnos los unos ante los otros y de darnoslas
de astutos. Tenemos que saber que la amenaza que pesa sobre
todos nosotros, no es de morir, sino de morir como imbéciles.»
Había escrito estas líneas en las *Recontres Internationales de Genève*.
Los que tuvieron entonces la dicha de oírle hablar de Europa
y de los europeos, saben que este gran visionario no era un fenómeno
curioso y anacrónico, sino uno de esos grandes seres que,
en medio del naufragio, señalan el faro a los ojos de los supervivientes.

¡Qué exultante y maravilloso habría sido que los hombres de
este tiempo, por fin despiertos de sus malos sueños, hubiesen
corrido con él el riesgo de una revolución destinada a incendiar
todas las fuerzas espirituales capaces de rehacer la juventud del
mundo!

